

1

LA HUIDA

*Cuando una batalla está perdida,
solo los que han huido pueden
combatir en otra.*

Demóstenes

Antonio aprieta el botón del CD mientras conduce su todoterrreno negro. Comienza a sonar la música, su preferida... *‘Là ci darem la mano’* de *Don Giovanni*. Dicen que la música amansa a las fieras. Al menos eso le decían en las terapias. Pero él no está seguro de eso. Como tampoco cree en las terapias. Lo que sí sabe es que esa música le reconforta. Aunque no le saque del todo de su ansiedad y mucho menos de su propia vida. Por eso mismo trata de huir de ella. ¿El destino? El destino es lo de menos. Lo importante es la huida... quizás una huida hacia la nada. ¿Acaso enseñan eso en las terapias? No, en las terapias todo es bla, bla, bla... Muchas veces piensa que la mayoría de los psicólogos deberían tener su bla, bla, bla en sus propias terapias. Y seguramente lo tengan. Tiene que ser muy complicado vivir de problemas ajenos uno y otro día. Sobre todo cuando todos tenemos los nuestros.

Por eso su destino lo eligió por Internet... El sur de España. No es muy ortodoxo escoger así un destino a la primera, pero la chica de la agencia fue especialmente amable y supo vender bien su producto. ¿Qué pensarían en la terapia de eso?, ¿y qué

más da? Indudablemente, ver esos paisajes de ensueño mientras conduce le hace relajarse y pensar que no se ha equivocado en absoluto. ¿Por qué no? Nada peor que vivir encarcelado en una ciudad que te ahoga hasta el infinito, incluso cuando ya de por sí te sientes ahogado. Da una calada a su cigarro electrónico. Otras de las perfectas recomendaciones de las terapias: nada de alcohol, nada de tabaco, en definitiva... nada de nada. Y de la nada, nada se saca... o quizá sí. Un sabor insípido y un humo artificial. Aunque siempre hay cosas que merecen la pena, más allá de las terapias. A través del retrovisor comprueba que su perro está plácidamente dormido. A Zeus, que es como se llama, le encanta al igual que a él la música clásica. Y, evidentemente, Zeus no es una fiera. Es un labrador de pelo largo que parece conocerle más que nadie en esta vida. No está muy acostumbrado a viajar en el trasero del coche, pero se amolda a todo. Se lo regaló Sara cuando era un cachorro. Nunca pensó en tener perros. Pero Zeus no es solo un perro... es simplemente su vida entera.

Antonio contempla un paisaje agreste y de elevadas cumbres, muy verdes. Alineaciones montañosas que dejan ver el río que desciende formando un alargado valle. En definitiva, un paisaje idílico. Ciertamente, el paraíso debería parecerse de alguna forma a esto. Desde luego, podría serlo... Un cartel al fondo indica:

BIENVENIDO A ANDALUCÍA

Irónicamente piensa: "Perfecto para perderse, sobre todo para alguien que ya está perdido". Antonio sonríe. Conduce despacio. No tiene prisa por llegar, aunque haya quedado con la de la inmobiliaria a cierta hora. Pero aún queda tiempo de sobra. Solo quiere impregnarse de tanta belleza natural. Abre la ventanilla. Necesita respirar. No puede dejar de notar el aire

que huele a azahar, tan puro y tan limpio, que entra en el coche. El sonido del viento le hace volver la vista atrás. Zeus despierta y sacude las orejas:

—¿Te he despertado, chico? No quería hacerlo, pero tienes que sentir esto. Esto no tiene precio, Zeus. Es... es la única cosa que debería ansiar una persona... vale, o un perro... o tú y yo, qué demonios. Lo importante es respirar aire libre. Y siempre caminar hacia un aire más limpio.

Zeus agacha la cabeza.

Las páginas de un manuscrito que reposan en el asiento trasero comienzan a moverse agitadas por el viento. Zeus ladra. Antonio cierra la ventanilla, el manuscrito vuelve a su sitio. Es un manuscrito de una novela: *El inicio*, una novela de Antonio Prieto. Es su segunda novela, la primera, *La calma*, tuvo un relativo éxito. Incluso estuvo dentro de las veinte más vendidas. Pero con esta segunda, la editorial tuvo muchas más dudas. Él también las tiene. Para qué negarlo. Así es el trabajo del escritor: hoy te encumbran... y mañana te matan. Y lo peor de todo es que uno nunca está satisfecho del todo con lo que escribe. Y podría volverlo y volverlo a escribir... incluso cuando ya te han dado premios y considerado como alguien importante. Tú sientes que siempre algo falta o falla en tu novela.

Antonio sonríe:

—¡Vale, Zeus!, te tendrás que ir acostumbrando al viento. Los dos lo haremos.

El móvil suena. Antonio lo mira, aunque lo omite. Es Sara, su representante. Diez años mayor que él, atractiva y, sobre todo, muy segura de sí misma. Al menos en apariencia. Representante, confidente y, a veces, amante ocasional. Antonio canta la ópera para distraerse del sonido del móvil, pero finalmente salta el contestador:

—Hola, Toni. Llevo toda la noche sin dormir... Estoy preocupada, sobre todo al ver tu cara después de la estúpida reu-

nión de ayer. Te fuiste sin decir nada... aunque créeme que te entiendo. ¡Hijos de puta! ¿Qué coño sabrán ellos? ¡Dios! ¡Ya los conoces! ¡Son unos auténticos cretinos! Pero eso es lo de menos... Esperaba hablar contigo... No sé, tomarnos algo... En fin, qué narices, despotricar, reírnos de ellos y del mundo, y acabar borrachos como una cuba como hacíamos antes en cualquier bar inmundo.

Antonio suspira, baja el volumen de la música y conecta el manos libres:

—Hola, Sara.

—¡Joder, Toni!

—Si te refieres a cómo acabábamos borrachos follando en mi sofá... eso era antes. Antes de que tú te enrollaras con uno de esos cretinos... Sara, los cretinos... son cretinos, pero el viento no sopla igual para todo el mundo. Y te aseguro que tendrías que sentir este viento. Sinceramente, dan ganas de dejarlo todo.

—Pero... ¿qué dices, Toni? ¿Dónde estás?

—¿Qué más da eso?

—¡A mí no me da igual! ¡Somos amigos!

Antonio sonríe.

—¡Pues claro! Por eso no quiero quitarte el sueño. Y ciertamente... esos putos cretinos, incluyendo al tuyo, tienen razón en una cosa: mi novela no es buena.

—¿Qué estás diciendo? ¡Claro que es buena!

—¡Da igual, Sara! Necesito desconectar de todo, incluso de ti. Perdona, no te ofendas.

—¿Desconectar? ¿Qué coño significa *desconectar*? Querrás decir que te tomas unos días para aclarar tus ideas. Sé que los necesitas... Últimamente estás un poco tenso... Bien, aprovecha el fin de semana, el lunes vuelves y hablamos de la reunión.

Antonio vuelve a sonreír. Sube la música para que Sara la escuche.

—¡Toni, Toni...! ¿Me estás escuchando? Vale, pues el martes o el miércoles... Tómate tu tiempo.

Antonio canta al son de la ópera fuertemente:

—*Andiam, andiam, mio bene...*

Sara está fuera de sí.

—¡No hagas tonterías, Toni! Firmaste un contrato... Sabes que tienes que volver... Nos jugamos mucho.

Antonio sigue cantando:

—*A ristorar le pene...*

Sara está cada vez más nerviosa.

—¡Al menos, dime dónde vas!

Antonio sigue cantando sin escucharla.

—*D'un inocente amor...* ¡Adiós, Sara! ¡Ya te llamaré!

Antonio desconecta el móvil y sigue cantando.

No es que Sara no sea su amiga, y ni siquiera le reprocha su relación con el editor de turno. Al fin y al cabo, es lógico. Y, ciertamente, es la única que se ha ocupado de él en los últimos años. Incluso cuando más solo y más perdido ha estado. No la puede culpar de nada. Hace su trabajo como nadie, y siempre ha estado cuando la ha necesitado. Pero la amistad es algo que para Antonio entraña toda una paradoja. Al igual que el amor. Porque ambas son palabras complejas, y mezclarlas puede ser tan peligroso como mezclar el fuego y el agua. Sobre todo... porque esas palabras para él son simples palabras propias solo de una novela, sin sentido ninguno. Solo palabras.

2

LA LLEGADA

*Igual que el alma, que es aire, nos
conserva en la vida,
el aliento y el aire nos envuelven
y mantienen el mundo.*

Anaxímenes

Antonio mira el paisaje, sigue siendo increíble... pero un velo de neblina lo acompaña. Dificulta un tanto la visión. Algo le da un susto de muerte y frena el coche de golpe. Ni siquiera sabe bien qué es. De pronto, nota unos enormes ojos que le producen un gran estupor. Es una enorme vaca en medio de la carretera que lo mira fijamente, incluso parece que clavara su mirada en la suya. Como si se metiera en su interior. Antonio se estremece. Zeus no deja de ladrar. Un grito seco le hace volver en sí. Entre la neblina aparece un hombre, enjuto de rostro y pequeño de cuerpo, como consumido. Lleva una boina que le tapa las innumerables arrugas que el sol ha marcado en su faz. Se apoya en una vara, más por costumbre que por necesidad, ya que se le ve ágil. En un lenguaje que Antonio no comprende, lleno de onomatopeyas ininteligibles, aparta del camino a la vaca sin ni siquiera dignarse a mirar a Antonio. Él baja la ventanilla y le da las gracias con un gesto más de temor que de cortesía. Pero el pastor le devuelve el gesto con el brazo como con desprecio, sin mirarle, y desaparece tirando de su vaca al igual que vino.

Antonio respira hondo y se dice: “¡Vale, acostúmbrate también a esto! ¡Mucho peor es el metro a hora punta!”. Sonríe, vuelve a coger el cigarrillo y continúa su camino, mientras intenta calmar al perro, que sigue mirando por el cristal de atrás.

Se aproxima al pueblo, el pueblo en el que ha alquilado la casa. Es un pueblo pequeño, muy frondoso, con caminos estrechos en los que parece que los árboles tan verdes intentan abrazarse entre ellos. Incluso se diría que susurran. O al menos eso le parece a Antonio. Vuelve a sonreír y habla solo, algo muy habitual en él:

—Vamos, Antonio, los árboles no hablan... aunque si lo hicieran... ¿qué te dirían? Quizás algo como “acertaste, Antonio, aquí puedes descansar, y arreglar esa estúpida novela y si no... olvidarte de ella. Incluso quemarla. Y a la mierda todo”.

Antonio sonríe de nuevo. Ojalá los árboles hablaran. Seguro que le dirían cosas más lógicas y mucho más coherentes de lo que le podrían decir muchos humanos. Hasta Zeus es más lógico y coherente y entiende las cosas mejor que muchas personas.

Antes de entrar en el pueblo le llama especialmente la atención uno de los árboles, que no sabe bien por qué le remite a la película *El árbol del ahorcado*. Y ante su perplejidad hay una niña debajo de él saltando a la comba. Si fuera director de cine, seguro que habría plasmado esa imagen. Se acerca despacio con el coche y puede oírla cantar. Una melodía de toda la vida, una melodía de la infancia:

*Caracol, col, col,
saca los cuernos al sol,
que tu padre y tu madre
ya los sacó...*

Antonio frena el coche. La niña deja de cantar. Antonio baja la ventanilla y la llama:

—¡Eh, perdona! ¿Puedes ayudarme?

La niña se acerca despacio con su comba en la mano. Apenas tiene ocho años. Cuando está junto al coche le mira muy seriamente. Antonio se sorprende. La niña tiene un defecto en la boca. Tiene el labio leporino. No es muy agradable, pero él intenta disimular.

—¡Hola, preciosa! ¿Tú sabes dónde queda la casa que se alquila? Una casa grande.

La niña no habla. Antonio reconoce su error. No es bueno acercarse así a los niños. Aunque tampoco es normal que la niña esté en ese paraje totalmente sola.

—No pasa nada, pequeña, ya la encontraré. Esto no es tan grande. Sigue jugando.

Antonio intenta subir la ventanilla. La niña le da unos golpes en el cristal. Antonio la vuelve a bajar. La niña sigue igual de seria, pero le hace una indicación con la mano y le explica:

—Es por allí. Tienes que atravesar el pueblo y al final la verás. La casa grande.

Antonio le guiña un ojo.

—Gracias, guapa.

La niña sigue con su rostro impasible.

—¿Tú eres el Vímero?

—¿El qué?

—Un monstruo que mata a gente.

Antonio no sabe bien qué decir, pero acaba sonriendo.

—¿Acaso te parezco yo un monstruo?

La niña calla por un momento y se encoje de hombros.

—No lo sé...

—No, pequeña. No soy un monstruo. Solo soy un hombre que se ha perdido, no solo aquí. Estoy perdido, en general. Pero no creo que tú lo puedas comprender.

En el fondo, aunque le ha sorprendido la pregunta, también se siente mal por su contestación. Es solo una niña, y

sus problemas ni los entiende ni le interesan. ¿Un monstruo? Piensa que no hay nada más imaginativo que la infancia. Ojalá él pudiera volver a ese momento, sobre todo si pudiera llegar a recordarla. Su infancia es algo que ha perdido. Al igual que muchas otras cosas. Pero aunque no sea un niño, los monstruos siempre han vivido en su mente. Aunque, ciertamente, este lo desconocía.

Mira a la niña, no con ternura, no es algo habitual en él, aunque lo intenta.

—Mi nombre es Antonio. Y tú ¿cómo te llamas?

—Soledad.

—Bonito nombre. Gracias, Soledad. Y sigue cantando.

La niña no se despide. Coge su comba y vuelve a su sitio saltando y cantando un estribillo:

*Caracol, col, col
saca tus cuernos al sol,
que si no te mataré
con la espada de San Miguel,
con la trentis y el badío,
con el tuyo y con el mío.*

Antonio se estremece ante lo macabro de la canción de la niña. Acelera y deja atrás la visión de la pequeña saltando a la comba. Vuelve a coger su cigarrillo y da una calada intensa. El soniquete del *Caracol* resuena en sus oídos.

—¡Ah, Zeus! ¿No le podrían haber puesto a la niña otro nombre... como Pilar o Laura...? ¡Yo qué sé! Pero Soledad... en este contexto y con ese árbol...

Zeus gime. Está obviamente cansado.

No parece haber sido un buen comienzo, pero al fin y al cabo era solo una niña. Él también está agotado y tiene ya ganas de llegar.

Se adentra en el pueblo. Parece que en ese lugar el mundo entero se hubiera detenido o, viéndolo más de cerca, parece que fuera un lienzo, una pintura de paisaje costumbrista. En cuyo caso, sería el lugar perfecto para montar un belén de Navidad: abrevaderos, establos, todo de madera, piedra y teja. Faroles de hierro, calles empedradas, casas con balconadas de estilo colonial... y, sin embargo, no hay casi nadie, ni en los balcones ni en la calle. Parece un pueblo abandonado. Retoma su conversación con Zeus:

—¿Y los pastores, Zeus? ¿Dónde están los pastores?

Tras otra calada de su cigarrillo llega a lo que parece la plaza. Y aparca el coche. Ni siquiera sale de él. Simplemente observa. Todo guarda el encanto de los pueblos antiguos, pero por otro lado hay algo en el ambiente que transmite una sensación de soledad. A Antonio no le desagrada del todo. Al fin y al cabo, cuando huyes... huyes con todas las reglas. Y la soledad es necesaria. Vuelve a sonreír y se pregunta: “¿Realmente lo es? A lo mejor es que nuestro problema es que nos sentimos solos, completamente solos aunque estemos rodeados de tanta gente. Y eso nos asusta, por eso nos empeñamos en buscar otra soledad para evadirnos de los verdaderos problemas”.

—¡Vaya, maldita terapia! ¿Verdad, Zeus?

Zeus sube las orejas. Tiene ganas de salir del maldito coche.

Antonio reacciona y mira a su alrededor. Por fin algo de vida... tres viejos con boina sentados en un banco de piedra. Tienen la mirada perdida. Ni siquiera se hablan. Antonio supone que no es solo por aburrimiento, sino más bien por la costumbre. Quizás ya no tengan nada que decirse. Una mujer carga con un gran cesto de panes calientes atravesando la plaza. Lleva el delantal manchado de harina. Va seguida de un perro ratonero. La mujer saluda a los hombres con un gesto de cabeza, sin decir palabra. Sentada en otro banco hay otra mujer, una vieja ataviada de negro riguroso con pañuelo, toquilla

y también delantal. Se balancea adelante y atrás apoyada en un viejo bastón de madera. Lo hace de una forma monótona, como si fuera un tic. Tiene los ojos huecos, vacíos. Es ciega.

Antonio cree cada vez más que ha vuelto al pasado. Y sonríe de nuevo. Debería contar esto en la terapia y serían capaces de mandar a todos para acá y dejarse de tantas pastillas. Aquí no parece haber problemas, y si los hay... no parecen contarlos. No debe hacer falta.

Arranca su coche y ninguno en la plaza parece percatarse de ello. Ni le miran. Sale del pueblo y sigue su camino cada vez más estrecho y menos asfaltado. A lo lejos puede ver lo que se supone que es la Casa Grande.